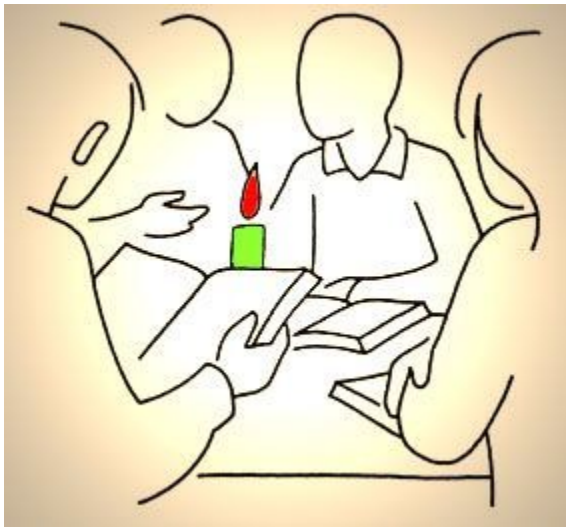


LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MATEO 13,24-43



Domingo XVI del tiempo ordinario

“(El reino es un) sosiego y gloria en sí mismos, un alegrarse de que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mismos, que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor y bendicen su nombre y no le ofende nadie. Todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce. Y así le amaríamos acá, aunque no en esta perfección, ni en un ser, mas muy de otra manera le amaríamos de lo que le amamos, si le conociésemos” (Camino 30,5).

El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo. La oración es un atrevimiento, una osadía, una oportunidad para la vida. Puede comenzar por un momento, uno de tantos como cruzan nuestros días. Se trata de dejar entrar a Jesús en nuestro campo, de mirarle, de hablar con Él. Jesús llega contagiando vida y alegría. *Prepárame, Señor, para el encuentro contigo. Flores y luz serán mis*

palabras para expresar este misterio tuyo habitándome por dentro

¿De dónde sale la cizaña? La oración nos enfrenta al desconcierto de vernos habitados por tantos sentimientos y vivencias, tan contrarios al evangelio de Jesús. ¿Qué hacer cuando no terminamos de descubrir la pureza y la verdad en los adentros ni en el mundo que nos rodea? ¿Cómo es posible dar cabida a tanta hermosura en tanta guerra? Puede comenzar aquí una huída, pretendidamente justificada. Pero puede, por el contrario, llevarnos a poner los ojos en nuestro Padre, a adorarlo porque Él es la fuente de toda santidad. En la era de tantos símbolos rotos, el Espíritu sigue dando abrazando a la humanidad con la vida y la alegría. Tú, Trinidad a quien adoro, mantienes mi fe, alientas mi esperanza, sigues dándome razones para amar.

El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta. Dios viene a llenar de vida la vida. Ama nuestra nada, ésa que a nosotros tanto nos molesta y atormenta. La oración es un ofrecimiento: 'Aquí está mi vida'. Más allá de la risa escéptica, más allá de lo grandioso, del prestigio, del poder, la oración es una manera humilde de vivir la fe, es como cuidar las brasas en medio del viento frío. Donde hay oración, cuando alguien hace lo poquito que está en él, hay esperanza para el mundo. Bendito sea el gozo abundante, la semilla de alegría, semilla de ti, de tu recuerdo, de tu presencia en el corazón de mi vida. Aún puedo soñar tus sueños.

El reino de los cielos se parece a la levadura: una mujer la amasa y basta para que todo fermente. La oración es un milagro, es un perfume que llena de buen olor toda la casa, es levadura con la que se amasa y fermenta la masa de harina. La oración es un encuentro con la plenitud de Dios que se da a nosotros de forma inesperada y sorprendente. Con tu reino, Señor, la alegría va ganando espacio en mis adentros.

Con el perfume que ha dejado en nosotros la fiesta del Carmen. CIPE - Julio 2011

